

A PROPÓSITO DE LA COMUNIDAD EMIGRADA CUBANA EN MIAMI: ¿DIÁSPORA O EXILIO?

Oswaldo Lorenzo Monteagudo

RESUMEN

El presente artículo propone una revisión sobre las experiencias migratorias del enclave cubanoamericano en Miami. Esta lectura requiere de una explicación de la política inmigratoria que han tenido los Estados Unidos hacia Cuba. Cuando analizamos la tendencia a presentar la emigración cubana como un todo homogéneo, estamos restando importancia a las relaciones diaspóricas entre la inmigración más reciente y el país de origen. En términos sociodemográficos e ideológicos la comunidad cubana emigrada ha cambiado. La tradicional política del exilio histórico se muestra insuficiente para hacer de la cercanía cultural un acicate en la normalización de las relaciones bilaterales.

PALABRAS CLAVE: exilio histórico, comunidad cubanoamericana, inmigración más reciente, política inmigratoria, relaciones diaspóricas.

ABSTRACT

This article proposes a review of the migration experiences of the Cuban enclave in Miami. This reading requires an explanation of the immigration policy that has been the United States to Cuba. When we analyzed the tendency to present the Cuban emigration as a homogeneous whole, we are downplaying diasporic relations between the latest immigration and country of origin. In demographic terms and Ideological the Cuban emigrant community has changed. The traditional policy of the historic exile is insufficient to make a spur cultural proximity in the normalization of bilateral relations.

KEYWORDS: historical exile, Cuban – American community, most recent immigration, diasporic relations.

Mientras la Florida que es como esa tía que se fue a otro lado se sienta a extrañarte en la Hialeah de las coincidencias y yo que no toco vela en este entierro muero por la pena, de no hacerle al mago y construir un puente de 90 millas para que los primos corran a abrazarse como se merecen y la ideología no se meta más en lo que no le importa, que la historia es larga, y la vida es corta (Arjona, 2011).

Then, Xavier Cuevas turned to sea and, clothes and all, dove of and plunged into the water. He went under, opened his eyes to the sting of the salt, held his breath and swam. In the pursuit of the unattainable, Xavier Cuevas was swimming home (Suárez, Virgil, 1996: 195).



La novela autobiográfica del escritor cubanoamericano Gustavo Pérez Firmat *El año que viene estamos en Cuba* (2004) es, a pesar de la cultura política del «exilio histórico», un buen punto de anclaje para abordar la heterogeneidad ideológica, así como la transición sociodemográfica que conforma hoy la comunidad emigrada cubana en Miami. La profusa escritura de Pérez Firmat (2000, 2012) se funde a partir del carácter traumático no sólo por la vieja guardia, sino también por las «vidas en vilo» de la segunda generación de migrantes cubanos. En este sentido, la hermenéutica subjetiva yuxtapuesta en los ensayos literarios firmatianos se encuentra representada por la experiencia del exilio como identidad política. El hecho de traspasar el (sin) lugar de las palabras desarraigo, desplazamiento, «mal-estar», nostalgia por el regreso como arqueología discursiva implica, según este autor de las ausencias, adoptar la condición política del exiliado: «Si me dicen *diáspora*, respondo: exilio» (2000: 108). La etimología del vocablo «exilio» viene de la raíz latina *exsilium*, término que se refiere a la expatriación de una persona generalmente por motivos políticos. Pero ¿acaso los nuevos emigrantes cubanos se consideran exiliados o refugiados de un sistema político que empieza a articular en los contornos de la nación a su diáspora contemporánea?

Partiendo de esta tradición política, la recuperación de la patria representa el acicate ideológico de la dirigencia del exilio cubano en Miami. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas en 1961, la alta politización del tema migratorio pasó a formar parte del conflicto bilateral entre los Estados Unidos y Cuba. El partea-guas de la guerra fría galvanizó las relaciones migratorias entre los dos países, en tanto que la suspensión de los vuelos comerciales a ambas orillas de las 90 millas estuvo signada por la Crisis de los Misiles de 1962. Tras la Revolución en 1959, Estados Unidos no sólo se convirtió en el principal destino de las primeras oleadas migratorias, sino que el diseño de la política migratoria norteamericana hacia Cuba, analizada por Jorge I. Domínguez (1992), se inscribe en el marco general de la confrontación bilateral entre estos dos vecinos encontrados. En este contexto, los cubanos emigrados recibieron el tratamiento especial de «refugiados que escapaban del comunismo». La política de estimular el flujo migratorio desde la Isla bajo un estatus preferencial se concentró en la decisión unilateral de subvertir, tanto por factores ideológicos como estratégicos, la legitimidad del Gobierno cubano.

La excepcionalidad que encontraron los cubanos a diferencia de otras comunidades de inmigrantes en los Estados Unidos sentó, sin duda alguna, las bases tradicionales de la política de línea dura del exilio. Si bien la retórica oficial de La Habana se mantuvo estridente con los cubanos que optaron por la emigración, la relación entre la comunidad exiliada y su país de origen se ha tornado tensa por la ausencia de un diálogo constructivo. El discurso desafiante que ha dominado las filas del *establishment* cubano en Miami pone de relieve la intransigencia de la derecha política, además de la oposición con el régimen socialista de La Habana. Las disposiciones punitivas incorporadas en la política exterior norteamericana hacia Cuba en la década de 1990 responden, de hecho, al militarismo ejercido por el *lobby* cubanoamericano bajo la figura de Jorge Mas Canosa y la Fundación Cubano-Americana (Alzugaray, 2001; Domínguez, 2010; Pérez, 2006).

Ahora bien, ¿cómo engarzar las prácticas discursivas de los nuevos emigrantes cubanos ante una estructura de poder dominada por la ideología del exilio histórico?



¿Hasta qué punto la flexibilización de las visitas familiares y el envío de remesas han marcado un deshielo en las relaciones entre el Estado cubano y su diáspora? ¿En qué medida la normalización a partir de un diálogo más profundo de Cuba con su comunidad emigrada facilitaría un cambio en las relaciones bilaterales entre La Habana y Washington? ¿Cuáles son las diferencias en términos de participación política, posición ideológica y la relación con el país de origen entre los emigrados más recientes y los exiliados tradicionales? Sin ánimo de agotar el presente tema, las siguientes preguntas intentan profundizar en los componentes sociodemográficos e ideológicos de la emigración cubana hacia Miami a partir de la década del 2000. Asimismo, examino las relaciones migratorias entre los Estados Unidos y Cuba en un contexto dominado por la hostilidad de la Administración de George W. Bush. Mi propuesta es mirar a un exilio que se deshace con la muerte de los históricos, y a una diáspora que se reinventa en los artefactos arqueológicos de la deshistorización. Este ejercicio requiere profundizar en la máquina ideológica que representa la nostalgia por un retorno que se prolonga en la última frontera de la guerra fría entre La Habana y Key West, en tanto que la memoria simbólica se ha convertido en uno de los tópicos que marcan la transición de la comunidad cubana emigrada.

LA COMUNIDAD CUBANOAMERICANA Y LA POLÍTICA MIGRATORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS HACIA CUBA

El diseño de la política migratoria de los Estados Unidos hacia Cuba en el contexto de la guerra fría hunde sus raíces tanto en el carácter ideológico signado por la confrontación bilateral como en el factor estratégico de provocar un cambio de régimen mediante el apoyo a los emigrantes cubanos. Esta política de recibir y estimular la inmigración cubana se explica, en efecto, a partir de la Ley Walter-McCarran, instrumento político que permitía la entrada de cubanos como «refugiados del comunismo». El programa para Refugiados Cubanos, creado por el presidente John F. Kennedy en 1961, trata de un apéndice de la política exterior norteamericana con respecto a la Isla. En ese escenario tiene lugar, en 1966, la aprobación de la Ley de Ajuste Cubano. Pero el doble rasero que encierra la política inmigratoria de fronteras abiertas con todos los flujos migratorios de cubanos deja entrever, así pues, el sustrato colonial que comparten las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba (Hernández, 2011; Pérez Jr., 2011). La asimetría en la estructura del poder mundial y la mutua desconfianza que surge tras la hegemonía de ese Otro – Norteamericano en los asuntos internos cubanos y, por otro lado, la cercanía geopolítica y la historia de intimidad cultural responde, en cualquier caso, a ese callejón sin salida de encuentro/desencuentro trenzado entre ambas sociedades. La génesis de la Ley de Ajuste Cubano surge a partir del compromiso con la ideología anticomunista (Aja, 2010), esperando con ello la oposición de los emigrantes cubanos al sistema socialista de La Habana, en tanto que Washington en su política de buscar el aislamiento internacional de la Isla adoptó un tratamiento preferencial para la inmigración cubana.

Lo cierto es que por medio de este dispositivo colonial, los cubanos pueden legalizar su estatus migratorio y obtener el permiso de residencia tras permanecer un



año y un día en territorio estadounidense. Si bien la prístina política inmigratoria de los Estados Unidos intentaba dar respuesta a la cuestión cubana en la esfera de la seguridad nacional, el ensamble biopolítico de la misma permite (de) construir, la categoría especial que reciben los emigrantes cubanos como «refugiados políticos», la *otredad* que comparten esos Otros-inmigrantes en los límites discursivos de la Nación americana. La tesis sobre el reto inmigratorio y, sobre todo, el mexicano circunscrita por Samuel P. Huntington en su trabajo *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2004) toma la bandera construida como relato de poder para marcar la distancia con otras identidades. De hecho, cuando Huntington intenta subvertir la presencia cultural de la diáspora mexicana (Clifford, 1999) entrecruzada en estados como California, sí le preocupa la creciente hispanización de la ciudad de Miami. Los hijos imperiales de Ponce de León han desembarcado, en efecto, en las playas de esa ciudad-continente que es Miami para reclamar una península que se repite en el Atlántico de la hispanidad. Miami con su acento sincopado, parece decirnos Huntington, es una «república bananera» sin control, donde la política local se maneja al estilo de los reyes del mambo. Aunque el conflicto migratorio de Elián González puso de manifiesto el cabildeo político del *lobby* cubanoamericano, la Administración de Clinton, respondiendo a las leyes federales, negoció con el Gobierno de Cuba la devolución del niño tras el reclamo del padre. La disposición de buscar una salida consensuada a este enfrentamiento se tradujo en un revés político para la dirigencia del exilio. Con ello, «la imagen congelada de los emigrantes cubanos en Estados Unidos como un reducto discursivo de la Guerra Fría» queda bajo sospecha. La llamada transición política hacia la democracia en Cuba se encuentra en un compás de espera, mientras que los cambios ideológicos presentados por la comunidad cubana en Miami explican el nuevo contexto de las relaciones diaspóricas (Castro, 1998; Pérez, 1992, 2006; Grenier y Pérez, 2003). «Juntos pero no revueltos» o «los mismos pero diferentes» son algunas de las propuestas que reclamaban con urgencia tratar el problema teórico que implica categorizar, bajo la narrativa del exilio, cada una de las experiencias de la emigración cubana.

El avance en las conversaciones migratorias que se vienen dando desde la firma del acuerdo de 1995 demuestra la capacidad estratégica entre ambos países, según ha explicado Jorge I. Domínguez, de «cooperar con el enemigo» (1992: 31-88). El artículo de Domínguez pretende ser una genealogía de las relaciones migratorias entre los Estados Unidos y Cuba, encontrando que la política inmigratoria norteamericana acordada entre las partes en el período 1959-1987 siempre estuvo encaminada a dar una respuesta ideológica, además de estratégica, al fenómeno migratorio cubano. Pero ¿por qué con la oleada migratoria que salió por el puerto de Mariel en 1980 se empieza a cuestionar la efectividad de la política inmigratoria estadounidense? La primera oleada, que empieza en 1960, se caracterizó por una migración familiar y con un nivel económico alto. Esta oleada además de conformar el exilio histórico en términos ideológicos es, a su vez, la más vieja teniendo en cuenta la variable edad. Ahora bien, aunque el Programa de Refugiados Cubanos surgió como respuesta a este flujo migratorio, la política de relocalizar a los cubanos en otros estados para aliviar la presión demográfica de Miami puso en cuestión los fundamentos políticos de un exilio que se prolonga en el éxito económico, pero que envejece en la nostalgia por el regreso. La



otredad al descubierto que encierra las relaciones entre los viejos y nuevos emigrantes de la comunidad cubana se debate desde la década de 1990, bajo la noción conflictiva de «juntos pero no revueltos». El año que viene estamos en Cuba, dicen los viejos de esa isla sin-fin que se repite (Benítez Rojo, 1998) en la Calle Ocho de la Pequeña Habana. Somos residentes por una ley que no responde a los cambios en la correlación de fuerzas del sistema internacional y regresamos a la primigenia Habana, dicen los jóvenes. «Juntos pero no revueltos» es una categoría que también nos ensambla en esa práctica diaspórica de concentrarnos geográficamente como comunidad emigrada.

La segunda oleada tiene lugar en el contexto del primer acuerdo migratorio de 1965, convenio que tramitó la salida de 330.000 inmigrantes cubanos hasta 1973 por el puente aéreo o Vuelos de la Libertad. La posición ideológica siguió sopesando el compromiso acordado por el Gobierno norteamericano con este flujo migratorio. Según ha explicado el sociólogo Lisandro Pérez, «en el censo de 1990 se contaron 284,642 personas que indicaron que llegaron al país por esa vía» (1999-2000: 15). El análisis sociológico que brinda Antonio Aja en su artículo «Los mismos pero diferentes: los cubanos en Estados Unidos 40 años después» (2001: 1-23) trata de ser un esfuerzo por desmarcar esa visión yuxtapuesta en el discurso político de articular a los emigrantes cubanos como un todo monolítico. La oleada migratoria que salió por el Mariel le proporciona a Aja la suficiente evidencia sociodemográfica para plantear una hipótesis que en sí misma cuestiona el cambio de foco en la política migratoria de los Estados Unidos hacia Cuba¹. No hay duda del desorden que acompañó esta nueva crisis migratoria: aparte de la condición marginal e incómoda que pudieron encontrar bajo la categoría de «marielitos», el silencio en torno a ellos o la falta de atención por parte de la dirigencia del «exilio histórico» deja entrever la despreocupación por entender a estos nuevos emigrantes y esa no menos abierta indiferencia al ser interrogados sobre su distancia social y cultural con respecto al nuevo centro de decisión política, actitud que hoy todavía persiste entre algunos miembros de la comunidad emigrada. Y en medio de las dos primeras oleadas, esa nueva generación de emigrantes aludida (la del Mariel) que también hizo suya la necesidad de dar testimonio de una experiencia inmediata de su malestar, sin ambigüedades ni máscaras ideológicas, encontró a través de su condición subalterna una nueva relación *dialectal* protagonizada por antihéroes de esas dos Cubas que se repiten en la retórica del enfrentamiento.

El mensaje ideológico del presidente Carter fue claro al recibir con «el corazón y los brazos abiertos» a 125.000 cubanos. A partir de 1980, sin embargo, la política inmigratoria de los Estados Unidos hacia Cuba empieza a ser cuestionada por las bases de demócratas y republicanos. El fundamento ideológico que había condicionado la diplomacia migratoria entre ambos gobiernos entró en contradic-

¹ Sin duda alguna, sobre la crisis migratoria que trajo consigo las salidas desorganizadas por el puerto de Mariel en 1980 se ha escrito mucho, una extensa referencia bibliográfica que mayormente basa sus fundamentos en categorías que más bien tienden a fomentar una visión limitada con respecto a este flujo es la dominante. Para una mayor comprensión véase, por ejemplo, Hernández, Rafael y Gomis, Redi (1986), «Retrato del Mariel: el ángulo socioeconómico», *Revista Cuaderno de Nuestra América*, Vol. 3, núm. 5, pp. 124-151.



ción con el nuevo enfoque estratégico, posición que en las últimas tres décadas se ha mostrado más restrictiva con la emigración cubana. La decisión de los Estados Unidos se antepuso a la alta politización que había alcanzado el tema migratorio. En este sentido, la Administración de Carter acordó que los inmigrantes cubanos dejarían de ser admitidos como refugiados políticos, en tanto que la nueva categoría recibida determinó un estatus pendiente para los «entrantes cubanos-haitianos». El comportamiento del Gobierno estadounidense se tradujo en dar respuesta a la política migratoria diseñada por Cuba. Las medidas de confianza dadas en torno al tema migratorio, área de interés mutuo entre ambos gobiernos, demuestra que si bien no se ha alcanzado la esperada normalización de las relaciones bilaterales, la cooperación estratégica en materia de seguridad se ha concentrado en el compromiso conjunto de mantener una migración legal y ordenada. La política de acercamiento a través de una colaboración de mínimos introducida por el Gobierno de Carter explica, tomando como marco de referencia los trabajos de Jorge I. Domínguez y Rafael Hernández (2010), el carácter de confrontación/cooperación que surge de la naturaleza íntima compartida por estos dos enemigos. En 1977, se inicia un diálogo más profundo sobre diversos tópicos en la esfera de la seguridad nacional. Para entonces, se estableció la Sección de Intereses en ambas capitales, representación diplomática de carácter consular que ha facilitado una comunicación más estrecha en asuntos bilaterales. En ese contexto de distensión, el presidente Carter levantó la suspensión a los ciudadanos norteamericanos de viajar a ese lugar imaginario que representaba Cuba para el Norte. La suspensión de los vuelos de reconocimiento, además de la negociación de un acuerdo sobre pesca en los límites marítimos fueron algunas de las decisiones adoptadas en este clima de respeto mutuo. El diálogo con la comunidad exiliada no sólo facilitó las visitas familiares, sino que, además el Gobierno de Castro liberó a 4.000 presos políticos, que fueron admitidos por los Estados Unidos. La participación de las tropas cubanas en Etiopía con el objetivo de disuadir la invasión somalí y la crisis migratoria del Mariel supuso más bien una vuelta de tuerca para la normalización. La subida de tono en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos bajo la presidencia de Ronald Reagan terminó socavando los avances diplomáticos acordados entre las partes.

A pesar de la hostilidad y la retórica desafiante, ambos países firmaron un acuerdo migratorio en 1984, comprometiéndose el Gobierno cubano a repatriar los llamados «excluidos» del Mariel, y Estados Unidos, a su vez, asumía la responsabilidad de expedir 20.000 visas anuales a inmigrantes cubanos. En 1985, Cuba suspendió el acuerdo migratorio tras considerar una provocación a la soberanía nacional las emisiones del programa Radio Martí, la decisión cubana también consideró otrora retirar el compromiso con los viajes de la comunidad cubana residente en los Estados Unidos. Las disposiciones del Gobierno cubano no sólo respondieron a la política unilateral de la nueva Administración estadounidense, postura que desestimó toda posibilidad de ampliar a otras esferas la cooperación estratégica, sino que también significó una respuesta simbólica contra la presión ejercida desde la Fundación Nacional Cubano-Americana. El peso político que encontraron los líderes de la comunidad exiliada en Washington aumentó los márgenes de la hostilidad contra el régimen cubano. Si bien el presidente Reagan mostró su compromiso de apoyar y



estimular la oposición de los exiliados cubanos a partir de la creación de Radio Martí, en 1987 la diplomacia acordada entre las partes logró restituir el acuerdo migratorio.

CUBANOS Y MÁS CUBANOS EN MIAMI. NUESTRO DÍA ¿YA VIENE LLEGANDO?

El impacto que tuvo sobre Cuba el colapso de los regímenes comunistas en la Europa del Este (a partir de la desintegración de la Unión Soviética) se tradujo en la pérdida abrupta de las subvenciones comerciales aportadas por el CAME. En la madeja de esta crisis económica, el acicate de la dirigencia nacional retuvo, a pesar de la nueva estructura del poder mundial, la supervivencia del sistema socialista. El «Periodo especial en tiempo de paz» pasó a definir la crisis económica cubana. En el trabajo *Economía y bienestar social en Cuba del siglo XXI* (2005), Carmelo Mesa-Lago arguye²:

La crisis llegó a su punto peor en 1993, como muestra una comparación con 1989: el producto bruto interno (PIB) real, o sea, ajustado a la inflación, cayó 35%, el PIB por habitante real se redujo en 41% y la producción física disminuyó 48% en azúcar, 3% en níquel, 32% en cítricos y 63% en pescados y mariscos; la liquidez monetaria aumentó de 22% a 73% del PIB y la tasa de inflación creció de 0,5% a 26%; el déficit fiscal saltó de 6% a 34% del PIB; el valor de las exportaciones disminuyó en 80% y el de las importaciones en 75%, lo cual provocó una aguda escasez de alimentos, combustible, manufacturas e insumos de todo tipo (2005: 32).

En 1992, a Lisandro Pérez no le faltaron razones cuando definió la ideología del exilio cubano en términos de una cultura política de línea dura. La hostilidad contra el Gobierno cubano, el peso electoral y financiero del *lobby* cubanoamericano, además del apoyo tradicional de la derecha política del exilio cubano al Partido Republicano, son algunos de los tópicos que explican, en efecto, por qué el tema de Cuba se maneja en los Estados Unidos como un asunto doméstico. La cuestión cubana que tanto interés despierta en la política local de la Florida, llevó a la práctica en las elecciones presidenciales de 1992 a que tanto Bush como el candidato demócrata, William Clinton, apoyaran la propuesta de ley del representante Torricelli. La Fundación Nacional Cubano-Americana sacó adelante a partir del consenso bipartidista la Ley para la democracia en Cuba (CDA), instrumento político que en coexistencia con la ley Helms-Burton de 1996 ha condicionado la política estadou-

² La amplia bibliografía producida por el economista Carmelo Mesa-Lago es, sin duda alguna, de obligado referente para entender los ciclos de la política económica implementados bajo la Revolución. Así pues, para una mayor revisión sobre las causas de la crisis económica, el presente autor habla de factores externos, tal y como fue la desaparición del socialismo real, así como el endurecimiento de la política norteamericana hacia Cuba a través de la Ley Torricelli, de 1992. Pero también analiza los efectos producidos por la política idealista aplicada bajo el Proceso de Rectificación. En cualquier caso, véase también *Breve historia económica de la Cuba socialista: Políticas, resultados y perspectivas*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.



nidense hacia Cuba. La experiencia política del exilio cubano, en lugar de suavizar las relaciones con el país de origen en la postguerra fría, adoptó un enfoque más duro. Los efectos adversos del proyecto socialista sobre las condiciones de vida de los cubanos marcaron el *réquiem* de la crisis migratoria de 1994. Asimismo, la diplomacia norteamericana no mantuvo el compromiso acordado en torno a las 20.000 visas anuales para inmigrantes cubanos. Como respuesta a ello, el Gobierno de Cuba no impidió la emigración irregular de 36.900 cubanos que intentaron llegar a las costas de los Estados Unidos en balsas. La crisis migratoria de los balseros estuvo signada por la muerte ideológica del «Hombre Nuevo», así como por la irracionalidad de la política inmigratoria norteamericana dictada hacia Cuba.

Durante este escenario de tensión, ambos gobiernos se comprometieron a garantizar la seguridad de miles de cubanos que se lanzaron a cruzar el estrecho de la Florida. Con miras a contener las salidas ilegales, aproximadamente 30.000 balseros cubanos detenidos en aguas internacionales terminaron en la base naval de Guantánamo. Este punto de inflexión en la tradicional política migratoria de los Estados Unidos en relación con Cuba supuso una vuelta de tuerca: en adelante los balseros cubanos serían admitidos como emigrantes económicos. Pero si bien el factor económico no puede ser desarticulado de lo político, el giro introducido por Clinton, a propósito de la nueva emigración, viene a confirmar los profundos cambios que se están dando en el interior del enclave cubanoamericano de Miami. Estas son algunas de las precisiones teóricas que manejo a partir de la disputa de dos experiencias discursivas en un exilio que trasciende en los contornos de una diáspora contemporánea, y que se ajusta más al circuito de las migraciones internacionales. Lo cierto es que la escritura de este texto en una ciudad performada por la huella de la emigración cubana, tal y como es Miami, parte de la necesidad de un trabajo de campo que repasa la noción misma de «juntos pero no revueltos». El siguiente campo discursivo, si bien ya no representa esa relación de hostilidad y falta de entendimiento entre los primeros emigrantes y el Gobierno revolucionario, deja entrever las profundas diferencias en términos económicos, ideológicos y de participación política entre la dirigencia de línea dura y la emigración más reciente.

Bueno, imagínate cómo podía estar cuando el 13 de agosto de 1994 me monté en una balsa echa con trozos de madera de un techo y recámaras de un camión. Mi situación era difícil, porque yo estaba sin trabajo y vivía en un pequeño cuarto lleno de goteras y huecos. En 1992, yo salí de Camagüey para La Habana con la intención de mejorar. Estuve trabajando en una fábrica de cerveza, pero entre el robo y la cosa esa del período especial me quedé sin trabajo. Ahora mismo en Miami tampoco tengo trabajo. Es que suelo viajar a Cuba a visitar a mis padres y a mi hijo. Esto aquí no es fácil con el problema del trabajo. Pero claro, también se me dificulta porque no hablo inglés. Siempre he trabajado en la construcción o pintando, y ahí no necesito el inglés. Aunque en Miami se puede vivir perfectamente sin hablar inglés. Ni siquiera soy ciudadano estadounidense. Yo me fui de Cuba por la situación económica tan dura que había en los 90. A mí eso de la política no me interesa para nada. Me da lo mismo que esté Fidel, el hermano o Cantinflas (risas). Y te digo todo esto porque en Miami hacer política sobre Cuba es un negocio rentable. Todos esos viejos que más nunca han ido a Cuba y que pierden



su tiempo hablando en Radio Martí fueron los que pusieron a Fidel Castro. Pero aquí cualquiera hace política. No dejaré de ir a Cuba a ver a mi familia y de mandar dinero cada vez que pueda. Al final el que se montó en la balsa y arriesgó su vida fui yo (Entrevista a Rafael Delgado, en la ciudad de Miami, 3 de mayo de 2014).

La firma de los tratados migratorios de 1994 y 1995 ha condicionado, desde entonces, la cooperación conjunta entre los dos países en este asunto práctico: garantizar una emigración segura, ordenada y legal (Aja, 2000, 2010). Sin embargo, la política de «pies secos, pies mojados» continúa estimulando las salidas ilegales de cubanos. Los acuerdos bilaterales en torno al tema migratorio se han mostrado insuficientes en ese punto, una revisión más adecuada de esta política hubiera evitado el conflicto simbólico que acompañó el caso Elián González. En las elecciones presidenciales de 2000, el voto cubanoamericano resultó determinante en la ajustada y controversial victoria del candidato republicano George W. Bush. Esta influencia electoral se traduce en un guiño para la comunidad cubana en Miami, en tanto que se trata de la minoría étnica con mayor representación en la esfera de la política interna. En este sentido, la «Comisión para la asistencia a una Cuba libre» surge como respuesta a la política tradicional de los exiliados. Su aprobación en el 2004 no fue casual al tratarse de un año electoral, estrategia que, tras poner en el centro del debate una detallada agenda de medidas encaminadas a provocar un cambio de régimen, garantizó la tendencia del voto cubanoamericano. Esta tensión en las relaciones se mantuvo estridente con los viajes familiares, los intercambios académicos-culturales y el envío de remesas (Martínez, 2010; Lutjens, 2010). La Administración de Bush suspendió las conversaciones sobre el tema migratorio con el Gobierno de Cuba. Pero este enfoque duro no sólo empieza a ser cuestionado por la emigración más reciente, sino que también es traspasado por el contacto entre las dos sociedades, eludiendo así el diferendo diplomático. Los cambios se hacen cada vez más evidentes. El presidente Obama ha insistido en la necesidad de promover el contacto entre la diáspora cubana con su país de origen, deshielo que tiene lugar en la segunda Administración de Clinton. En 2009, la Casa Blanca, en un intento por cambiar las formas y no el contenido de la política exterior norteamericana hacia Cuba, suspendió las restricciones que impedían tanto los viajes como el envío de remesas a la Isla.

En 1996, William Clinton consiguió el 40 % del voto cubano-americano. Para entonces, el apoyo que se le dio desde la Fundación Cubano-Americana fue importante. Recuérdese que había apoyado como candidato la ley Torricelli y ya como presidente aprobó la ley Helms-Burton, aunque con el paso del tiempo creo que se necesitaba de una disposición más fuerte para acabar con la dictadura de los hermanos Castro. El manejo de Clinton en la crisis de los balseros fue nefasto. No fui partidario y así se lo hice saber a Jorge Mas Canosa de que esa negociación migratoria no era más que una estrategia del régimen comunista. Como en el éxodo del Mariel, los llamados balseros no representaban la lucha de las principales organizaciones políticas del exilio. Ahora se pone en cuestión nuestro activismo y se defiende una posición más moderada. Pero mi pregunta es la siguiente: ¿qué ha conseguido Obama con su política de liberalización de los vuelos y las remesas? La respuesta es sencilla: nada. Aquí no se puede negociar con comunistas y las medias tintas no existen en nuestra posición con respecto a Cuba. El presidente George W.



Bush sí supo manejar nuestras propuestas políticas. La emigración que está llegando ahora de Cuba nada tiene que ver con nosotros. Para ello, lo más urgente es coger la residencia y regresar a Cuba. Yo tardé 18 años en ver a mis padres, y a pesar de todo seguí firme en la lucha política gestada por el exilio (Entrevista a Juan José Martínez, en la ciudad de Miami, 10 de mayo de 2014).

La ideología política anticastrista hace de los cubanoamericanos un grupo diferente con respecto a otras comunidades de origen latino. Esta imagen conservadora reforzada por el voto hacia el Partido Republicano desde la década de 1980 dificulta toda tendencia de diálogo constructivo. Pero cada vez son más los cambios que se hacen evidentes. El mismo espacio que se encuentra dominado por la identidad política del exilio histórico también guarda relación con una emigración con fuertes lazos transnacionales. Asimismo, esta cultura de enclave ha permitido la integración de los nuevos emigrantes en una estructura económica donde el idioma inglés no es un obstáculo. Miami es la casa de la emigración cubana en los Estados Unidos, es la segunda ciudad después de La Habana con más cubanos. La «construcción de hogares lejos del propio» (Clifford, 1995) da sentido a esa cultura de ida-vuelta. Partiendo de esta metáfora, las dos primeras oleadas migratorias entre 1959-1973 optaron por hacer de Miami un asentamiento simbólico marcado por la alteridad. Sin embargo, la emigración que tiene lugar a partir de la década de 1990 se torna diferente, sus representantes comparten más con la sociedad cubana. En términos demográficos, se trata de un grupo que rompe con el patrón migratorio tradicional, ofreciendo una visión más rica en cuanto la composición somática y feminización refiere (Marrero, 2011). Las encuestas de opinión pública realizadas por el Instituto de Estudios Cubanos de la Universidad Internacional de la Florida vienen confirmando desde 1991 la tendencia al cambio³.

Para el año 2010 se encontraban residiendo en los Estados Unidos un total de 1.785.547 personas de origen cubano, mientras que el mayor asentamiento según las cifras aportadas por el censo de población, esto es, 1.213.438 viven en la Florida. De hecho, el grupo de origen cubano representa el 3,5% de la población latinoamericana en Estados Unidos. La presencia demográfica de la comunidad cubana emigrada en el condado de Miami-Dade es significativa tanto en el orden cuantitativo como en el cualitativo. Los ajustes estadísticos referidos a la identidad étnica de personas de «origen cubano» en Estados Unidos son aportados por el censo de población, ese dispositivo estatal encargado de contar «almas» (Estévez, 2012). Los registros migratorios publicados por el Departamento de Seguridad Nacional brindan gran información estadística, datos tabulados que permiten categorizar algunas variables relacionadas con la regulación de los procesos migratorios. El crecimiento de cubanos entre el 2000 y el 2010 en los Estados Unidos aumentó en un 44%, dato que indica como este país constituye el principal receptor de la emigración cubana. El 58,2% de la comunidad cubana en el 2008 poseía la ciudadanía estadounidense, hecho que

³ Para una mayor comprensión sobre las respuestas recogidas por estas encuestas, véase Cuban Research Institute, FIU. Disponible en <http://cri.fiu.edu/>. Consultado el 30 de mayo de 2014.

explica la importancia que representa el voto cubano⁴. Ahora bien, ¿en qué sentido los resultados estadísticos mostrados por «la autoridad científica» de las encuestas pueden traducirse como la tendencia al cambio ideológico? ¿Cómo dar sentido a las nuevas prácticas discursivas representadas por los inmigrantes más recientes? La realidad social de la comunidad cubana en Miami es compleja y necesita de nuevas respuestas.

Así pues, frente a la apropiación de una nostalgia construida por los medios de comunicación, surge la necesidad de romper con esa visión homogénea y hasta maniquea que se tiene de la emigración cubana en el sur de la Florida. El silencio y la despreocupación política de esta nueva generación que ya es segunda, tercera y recién llegada resulta, cuando menos, contraproducente para cualquier enfoque que apueste por la normalización. Los nuevos inmigrantes mantienen una relación con Cuba más bien de tipo diaspórica, posición ampliamente criticada por la ideología de las dos primeras oleadas migratorias. El contacto familiar y el envío de remesas explican, en efecto, el grado de cercanía mostrado por esta corriente migratoria. Lo cierto es que se trata de una inmigración centrada más en cuestiones económicas. De hecho, la crisis económica internacional tuvo un impacto negativo para el enclave cubano en Miami. El alto desempleo entre la comunidad cubana, así como las medidas impuestas por Bush, terminaron afectando el papel tradicional de las remesas familiares. Esta cuestión no es superflua o baladí, en parte porque da una mayor comprensión sobre las preocupaciones inmediatas de este grupo. Si bien la generación autodenominada como «exilio histórico» empieza a ser reemplazada desde una perspectiva demográfica, la cultura de línea dura, tan arraigada en la estructura del poder político de Miami, sigue dominando.

Los congresistas Ileana Ross y Lincoln Díaz-Balart, que representan sin cortapisa esta tradición, siguen haciendo de Cuba un tema de política interna, en tanto que en las elecciones de 2012 este discurso se mostró insuficiente para que el republicano David Rivera resultara electo. La derrota de este congresista de línea dura presenta dos lecturas. Cuando analizamos estos resultados en el contexto local, es decir, en el *campo* de la política de Miami, destacamos el significado que tuvo para la comunidad que Joe García, demócrata y cubanoamericano, ganara el Distrito 26 del condado Dade. De ahí que este político, formado en las filas de la Fundación Nacional Cubano-Americana, se muestre más partidario en todas sus interpretaciones de la política de Obama hacia Cuba: posición que va desde la inclusión de la Isla en la lista de países promotores del terrorismo internacional hasta el impulso de la sociedad civil cubana a partir de los viajes y las remesas. Si bien George W. Bush retuvo el apoyo tradicional del voto cubanoamericano, en las elecciones presidenciales de 2012 Barack Obama obtuvo el 48%⁵ de la segunda generación de migrantes cubanos. Partiendo de esta renovación sociodemográfica, se puede explicar la distancia ideológica entre

⁴ Disponible en <http://pewhispanic.org/files/factsheets/60.pdf>. Consultado el 30 de mayo de 2014.

⁵ Véanse los resultados electorales en «Exit Poll of Hispanic Voters in Florida». Disponible en <http://bendixenandamandi.com/wp-content/uploads/2011/05/ElectionResults-ExitPoll.pdf>. Consultado el 30 de mayo de 2014.



el exilio histórico y las personas de origen cubano nacidas en Estados Unidos. Para la segunda generación de migrantes que comparten con sus padres y abuelos el bricolaje cultural de comer arroz con frijoles negros y lechón, el tema de Cuba es parte de un pasado nostálgico. Comer en cubano y hablar en inglés es la apropiación diaspórica de una «distancia» que se hace «cercana».

A MODO DE CONCLUSIÓN

Entre 2001-2010 un total de 315.000 cubanos lograron el permiso de residencia de los Estados Unidos. El doble rasero de la política de «pies secos, pies mojados» que se engarza en el marco general de la ley de Ajuste Cubano, así como los acuerdos migratorios de 1994 y 1995, proporcionan explicaciones generales sobre la emigración cubana más reciente. El tema migratorio ha sido un asunto de alta politización en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, generando a su vez, una dinámica propia de enfrentamiento sobre la naturaleza de los distintos flujos migratorios cubanos y esa disposición a cooperar en materia de seguridad. La instrumentación de la política migratoria norteamericana hacia Cuba ha fracasado en su principal objetivo: promover un cambio de régimen en la Isla. La ideología de la derecha política cubanoamericana se ha mostrado insuficiente a la hora de comprender las nuevas prácticas discursivas de una migración que entra, más bien, en el campo de acción de las diásporas. La relación entre el Gobierno cubano y su diáspora contemporánea no ha sido fácil, una retórica de mutua desconfianza ha imposibilitado un diálogo más profundo entre las partes. La migración cubana es demasiado diversa y compleja para que la categoría *excluyente* de exilio explique los distintos procesos que intervienen en la misma. En este sentido, cuando me refiero a la noción analítica de «juntos pero no revueltos», que no es más que una apuesta renovada de tipo metodológico, lo que intento hacer es desplazar cualquier definición fija que se tiene de la comunidad cubana en Miami.

El discurso político en cierto modo se ha relajado entre ambos países, a pesar de la beligerancia del «exilio histórico». La narrativa de ruptura con la comunidad emigrada pierde cada vez más significación. El tópico tan recurrente de la «gusanera» ha entrado en una especie de metamorfosis. «Los mismos pero diferentes», que ahora forman parte de una extensa red de vínculos transnacionales, son los que están rompiendo los contornos del conflicto bilateral. Las dos partes se necesitan. En este contexto de cambio, Cuba necesita de su diáspora. El contenido de la reforma migratoria impulsada por el Gobierno de Raúl Castro no sólo es una actualización de la ley, sino que también ha sido pensada en clave de la inclusión pendiente que ha tenido el Estado cubano con su diáspora. Pero ¿de qué tipo de inclusión estamos hablando? De ahí que el hecho de que la nueva regulación en la ley migratoria contemple un mejor trato a la comunidad cubana en el exterior es, en cualquier caso, un avance significativo en la mejora de las relaciones. En segundo lugar, se encuentra la importancia que tiene el papel de las remesas en la economía cubana. Con ello, la experiencia cubana empieza a situarse en el circuito interactivo de sus vecinos más próximos, dejando atrás la anomalía del tema migratorio.



La tendencia al cambio en términos demográficos e ideológicos de la comunidad cubana en Miami facilitaría, sin duda, las relaciones entre los cubanoamericanos y el país de origen. De hecho, cuando se visita el aeropuerto internacional de Miami da la sensación de que el diferendo con Estados Unidos se mueve en otro plano de interpretación. El espejo de paciencia que surge de la cercanía cultural entre las dos sociedades supera el *impasse* de las relaciones bilaterales.

Recibido: 08-11-2014. Aceptado: 04-06-2015

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AJA, Antonio (2000). «La emigración cubana en los años noventa», en *Cuban Studies*, 30, pp. 1-25.
- (2001). «Los mismos pero diferentes: los cubanos en Estados Unidos 40 años después», ponencia presentada en el Congreso LASA, pp. 1-23.
- (2010). «Los Estados Unidos-Cuba. Emigración y relaciones bilaterales», en *Revista Temas*, n.º 62- 63, abril-septiembre, pp. 113-123. Disponible en <http://www.temas.cult.cu/>
- ALZUGARAY, Carlos (2001). «La política exterior de Cuba en la década de los 90: intereses, objetivos y resultados», ponencia presentada en el Congreso LASA, pp. 1-19.
- BENDIXEN & AMANDI INTERNATIONAL (2012). «Exit Poll of Hispanic Voters in Florida». Disponible en <http://bendixenandamandi.com/wpcontent/uploads/2011/05/ElectionResults-ExitPoll.pdf>.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio. *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona, 1998.
- BOBES, Velia Cecilia (2012). «Diáspora, ciudadanía y contactos transnacionales», en *Revista Nueva Sociedad*, núm. 242, pp. 116-122. Disponible en http://nuso.org/upload/articulos/3909_1.pdf.
- CASTRO, Max . J., «¿Habrà transición en la ideología del exilio?», en *Revista Temas*, núm. 12-13, octubre 1997-marzo 1998, pp. 191-202. Disponible en <http://www.temas.cult.cu/>.
- CLIFFORD, James. *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- DOMÍNGUEZ, Jorge. I. «Cooperating with Enemy? U.S. Immigration Policies toward Cuba», en Mitchell, Christopher. *Western Hemisphere Immigration and United States Foreign Policy*, The Pennsylvania State University, pp.31-88, 1992.
- (2010). «Reconfiguración de las relaciones de los Estados Unidos y Cuba», en *Revista Temas*, núm.62-63, abril-septiembre, pp. 4-15. Disponible en <http://www.temas.cult.cu/>.
- ESTÉVEZ, Pablo (2012). «Censo, identidad y colonialismo en el Sáhara español (1950-1974): la imaginación numérica de la nación española», en *Papeles del CEIC*, núm. 89, pp. 1-34. Disponible en <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/89.pdf>.
- FERNÁNDEZ, Damián. «The New Cuban American Politics: Passion, Affection, Dollars and Emergence of MiHavana», en Castro Mariño, Soraya M. y Pruessen, Ronald W., *Fifty years of Revolution. Perspectives on Cuba, the United States, and the World*, University Press of Florida, pp. 333-345.



- HERNÁNDEZ, Rafael, y GOMIS, Redi (1986). «Retrato del Mariel: el ángulo socioeconómico». *Revista Cuaderno de Nuestra América*, Vol.3, núm. 5, pp. 124-151.
- HERNÁNDEZ, Rafael (2010). «Enemigos íntimos. Paradojas en el conflicto Estados Unidos - Cuba», en *Revista Temas*, núm. núm.62-63, abril-septiembre, pp. 16-29. Disponible en <http://www.temas.cult.cu/>.
- HUNTINGTON, Samuel P. *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Ediciones Piados Ibérica, Barcelona, 2004.
- MARRERO, Gretel (2011). «Feminización de las migraciones en Cuba: Un análisis desde la perspectiva de género», en *Anuario Digital CEMI: Migraciones Internacionales y Emigración Cubana*, pp.105-121. Disponible en <http://www.uh.cu/centros/cemi/wp-content/uploads/2011/11/Gretel-Marrero-Anuario-CEMI-20111.pdf>.
- MESA -LAGO, Carmelo. *Breve historia económica de la Cuba socialista: Políticas, resultados y perspectivas*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- Economía y bienestar social en Cuba del siglo XXI*, Editorial Colibrí, Madrid, 2005.
- PÉREZ J. R., Louis. *Cuba and United States: Ties of Singular Intimacy*, University of Georgia Press, 2011.
- PÉREZ FIRMAT, Gustavo. *Cincuenta lecciones de Exilio y Desexilio*, Ediciones Universal, Miami, 2000.
- El año que viene estamos en Cuba*. University of Houston, Texas, 2004.
- Life on the hyphen: the Cuban-American way*, University of Texas Press, Texas, 2012.
- GRENIER, Guillermo. J., PÉREZ, Lisandro. *The Legacy of Exilie: Cubans in the United States*, Florida Internacional University, Miami, 2003.
- PÉREZ, Lisandro (1992). «Cuban Miami», en Grenier, Guillermo. J y Stepick, Alex (eds.). *Miami Now: Immigration, Ethnicity and Social Change*, University Press of Florida, Gainesville, pp.109-132.
- (1999 - 2000). «De Nueva York a Miami. El desarrollo demográfico de las comunidades cubanas en Estados Unidos», en *Revista Encuentro de la Cultura Cubana*, núm. 15, pp. 13-23. Disponible en <http://arch1.cubaencuentro.com/pdfs/15/completa.pdf>.
- (2006). «La comunidad emigrada cubana y el futuro de Cuba», en Pérez-Stable, Marifeli (ed.). *Cuba en el siglo XXI. Ensayos sobre la transición*, Editorial Colibrí, 2006.
- SUÁREZ, Virgil. *Going under*, University of Houston, Texas, 1996.
- VV. AA. (2011). «The Hispanic Population: 2010», U.S. Department of Commerce Economics and Statistics Administration U.S. CENSUS BUREAU. Disponible en <http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-04.pdf>.
- «2011 Cuba Poll», Cuban Research Institute, Ford Foundation, Department of Gobar and Sociocultural Studies, Florida Internacional University. Disponible en <http://cri.fiu.edu/research/cuba-poll/>.

